

¡Ah! ¡Es infame, infame, lo reconozco; pero estaba embriagado, loco!

Esta vez se detuvo, anonadado, triste, falto de aliento.

Luciano fijó en él una mirada llena de compasión y le dijo en voz baja, sin cólera, sin amargura:

—Cuando fueron á decirte que tu mujer se moría, que te llamaba, tu embriaguez hubiera debido cesar.

—Cierto; y cesó; ví clara mi situación. Pero había perdido parte de la suma que te pertenecía, y ya no luchaba para enriquecerme, luchaba para no ser descubierto, para no perderte conmigo, porque ya comprendía el horror de mi crimen.

—¿Y tenías valor de jugar mientras ella se moría?

—No, si no jugaba, combatía con desesperación; no jugaba ya dinero, ¡jugaba mi honra, mi libertad, mi vida! Enriqueta se moría, y temía más sus reproches que su muerte, y la veía pálida, trémula, diciéndome:—*¡Has robado á tu hermano! ¡Has deshonrado á tu hija!*

Después de una nueva pausa, Luciano dijo lentamente:

—Y la lucha ha sido inútil, ¿no es verdad?

—Inútil,—dijo Jorge sordamente.

—¿Sabes al menos lo que has perdido?

—No.

—Pues yo lo sé, porque faltan ciento diez mil francos en mi caja.

Y como Jorge no respondiera, Luciano insistió:

—¿Y no te resta nada de esa suma?

—Nada.

—¿Ni conoces á nadie, no que te la preste, sino que nos la preste?

—A nadie.

—Entonces voy á buscar por mi parte; no tengo, desgraciadamente, más que algunas horas, y si mañana por la mañana...

Y se detuvo. Aquel gran corazón no admitía las amenazas, las recriminaciones inútiles. No obstante, antes de salir dijo á su hermano:

—Ve á rezar á la estancia mortuoria y ruega á la que ya está al lado del Señor, que te perdone tu crimen y tenga piedad de los dos.

## IX

Quando dió cuenta á Luciano de los dos diferentes encargos que había tenido que desempeñar aquella mañana Cornelio Petithomme, subió dos tramos de escalera para reunirse con su mujer, que se había retirado á su habitación. No entró, sin embargo, con tanta facilidad como hubiera podido suponerse, porque tuvo necesidad de llamar, de esperar, y cuando Cesarina preguntó desde adentro *¿quién es?*, contestó con su voz de falsete.

—Soy yo, Cornelio.

Como si esta pregunta y esta respuesta no bastasen, un pequeño ventanillo practicado en la puerta se abrió permitiendo á Cesarina mirar quien llamaba; y sólo cuando reconoció á su marido y que ningún malhechor fingía su voz para querer entrar, descorrió los cerrojos, quitó dos vueltas á la llave y permitió que entrara su consorte. ¿Por qué tales precauciones en pleno día, en una casa habitada por otros vecinos? ¿Temía



quizás á los ladrones? Ladrones en un quinto piso, en una pequeña habitación, compuesta de tres piezas, ¿qué podían robar? No eran los muebles de una sencilla casa monástica, ni aquella vajilla primitiva, ni aquellos cubiertos de miserable estaño. Esto era evidente; pero en el comedor, entre las dos ventanas, arrimado al muro aparecía una gigantesca caja de valores. ¿Qué podía encerrar? ¿qué riqueza poseía aquella pareja, más que modesta? Encerraba, sin embargo, acciones de caminos de hierro, obligaciones de todas clases, cupones de buena renta nacional y extranjera, y diferentes valores de excelente garantía. Esto pide una explicación.

Gracias á la alta protección del señor Lecomte, padre de Jorge y de Luciano, Jefe de una Dirección en el Ministerio, el señor Petithomme, joven todavía, había sido nombrado portero de la oficina. Con su arrogante estatura, su grave presencia, hacía admirablemente los honores, y se le hubiera elevado á la dignidad de ugiere, si su voz hubiera sido más robusta; pero como portero ó como ugiere mudo, el señor Petithomme, era de una verdadera utilidad.

Cuando el Jefe no quería recibir, Cornelio no tenía más que colocarse delante de la puerta, y ningún pretendiente se hubiera atrevido á violentar la consigna á la vista de aquel coloso. Las funciones eminentemente útiles de aquel funcionario le proporcionaban muchas gratificaciones, que llegaban alguna vez hasta quinientos francos; pero llegó un día en que todo cambió, y el *Credit Foncier* tuvo la culpa, sus economías se emplearon para comprar una obligación de quinientos francos, que guardaron en una cartera durante diez y ocho meses, contentándose con cobrar el modesto dividendo; pero un día, como decimos, día feliz, se encontraron que su número había

sido sorteado y amortizada su acción, sacando un premio de cien mil francos.

¡Cien mil francos! ¡Cien mil francos, una fortuna colosal!

Generosos, como eran, se podría suponer que hubieran alterado su modo de comer y hubieran puesto su bolsillo á la disposición de sus amigos; pero no fué así; no ofrecieron más que una sola comida, y cerraron para siempre los cordones de su bolsa; su nueva fortuna les hacía ambiciosos, y generosos en la pobreza volviéronse en la opulencia avaros.

El Sr. Petithomme presentó la dimisión de su cargo en el Ministerio, porque quería consagrarse por completo á la administración de su fortuna; no se le veía más que en la Bolsa preguntando á todos, confundiéndose entre los grupos, y compraba, vendía, y cómo sus operaciones siempre se hacían al contado, nadie le impedía guardar en su cartera los valores que estaban en baja, aumentando cada vez más su fortuna.

La casualidad, que decididamente favorecía al matrimonio, le había llevado á vivir á la misma casa de Jorge, y Luciano Lecomte tuvo ocasión de encontrarle varias veces en casa de su hermano y dar excelentes consejos al que consideraba siempre como el protegido de su padre. La avaricia del matrimonio iba en aumento, lo único que no toleraba Cornelio era que su mujer le acortase la comida, y las únicas desavenencias de aquel matrimonio dimanaban de las exigencias del marido tocante á ese punto.

Cesarina con nada quedaba satisfecha, pues su raquítica persona necesitaba alimentarse poco, pero no así su consorte, á quien nada bastaba.

Discutiendo acaloradamente estaban sobre el particular, cuando llamaron á la puerta.

Después de llenar las formalidades de costum-



bre, descorrer llaves y cerrojos, la puerta se abrió para franquear la entrada á Luciano Leconte.

—¿Venís á buscarnos?— dijo la señora Petit-homme; — al momento bajaremos.

—Vengo, — dijo Luciano, — á pedirlos un favor.

—¿Un favor á nosotros? Nos consideramos muy honrados, — contestó Cornelio. — ¡Hablad, hablad!

A pesar de esta invitación, Luciano vacilaba para explicarse. Lo que iba á confiarles era de suma importancia. Tenía que empezar por mentir, y repugnaba á aquel hombre honrado recurrir á ese medio.

## X

—La muerte de mi cuñada me ha impedido hablaros ayer de una desgracia personal acontecida en el momento en que iba á su casa.

—¿Qué desgracia?— exclamaron á la vez los dos esposos, verdaderamente interesados.

—He ido al Banco á retirar en nombre de mi principal una suma importante para un pago que debíamos hacer mañana, y después de haber tomado el dinero y guardarle en mi cartera, le he perdido, ó me lo han robado... no lo sé, pero no le he vuelto á encontrar,

—¡Dios mío!— exclamó Cesarina, y sin dejar á su marido tiempo de repetir la exclamación, añadió:

—¿Y cuánto contenía la cartera?

—Ciento diez mil francos.

—¡Ciento diez mil francos!— repitieron á la par los dos esposos. —¿Y habéis hecho inmediatamente vuestra declaración?

—Sin duda... ¿Pero cómo descubrir al ladrón? ¡No sé cómo ni dónde me han sustraído la cartera!

—¿Y si la habéis perdido y ha dado en manos de una persona honrada?...

—Me la hubiera devuelto; en la cartera iban tarjetas con las señas de mi casa.

—Es verdad, — exclamó Cesarina; — ¿y venís quizá á rogarnos que os ayudemos á dar pasos para investigar? Sí, sí, nos tenéis á vuestra disposición.

—No, — dijo Luciano, — toda averiguación es inútil. Lo importante es tener el dinero y hacer el pago mañana: sino, me harán el responsable de esa cantidad, dudarán de mi honradez, me acusarán...

—¡A vos! ¡a vos!— exclamó Cesarina. —Nadie se atreverá...

—Os engañáis; mi honor se verá comprometido y perdido mi porvenir.

Marido y mujer estaban aterrados: los dos querían á Luciano, cuanto su pasión por el dinero les permitía querer, y su desgracia les conmovía muy de veras.

—¿Y qué hacer?— dijo la mujer.

—¿Qué hacer?— repitió el marido.

—Reparar la falta, puesto que soy yo quien la ha cometido, — dijo Luciano; — no hay más que reemplazar la suma.

—¡Ahí es un grano de anís! ¡Ciento diez mil francos! ¿Los tenéis así á la mano?

—No, no los tengo; no cuento más que con mi sueldo para vivir.

—¿Y entonces?

—¡He pensado en vosotros!

29767

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



—¿En nosotros? dijeron los dos á un tiempo, é instintivamente sus miradas aterradoras volvieron hacia la caja, sintiéndola amenazada y pronto á protegerla.

Luciano, ya descubierto, prosiguió con agitación.

—He pensado en vosotros, seguro de que no negaríais ese favor á un hombre que es hijo de vuestro protector; á un hombre que... dispensad que os lo recuerde, pero vuestra fortuna ha crecido por mis consejos, por mis cuidados; no me dejaréis en el cruel embarazo en que me encuentro.

—Es que nosotros no podemos; no somos tan ricos como os figuráis.

—Tenéis lo menos trescientos mil francos en valores al portador dentro de esa caja; hemos hecho el arqueo juntos no hace mucho tiempo.

Esta vez Cesarina no se contentó con una mirada protectora; se acercó á la caja y se colocó delante de ella como la madre que trata de defender á su hijo.

Luciano, dispuesto á llegar al fin, continuó:

—No perderéis nada, os lo juro; yo os rendiré fielmente la renta de esa suma, y en cuanto al capital, si llegase á morir, una Compañía de Seguros sobre la vida os lo indemnizará; pero viviré. El señor Rubins me promete además una parte en los beneficios de la casa; no me neguéis este favor. ¡Si supieséis!

—¿Qué?—preguntó vivamente Cesarina, pronta á apoderarse de cuanto pudiera distraer la atención del objeto principal.

—Nada, nada; he dicho cuanto podía, ¡pero si supieráis lo que sufro al tener que pedir os tal servicio!

—No sufriréis más que nosotros al tener que negarle.

—¿Cómo! ¿Le negáis?

—¡Ah! es preciso, nosotros no podemos... ¿no es verdad, Cornelio?

Y fijaba en él miradas furibundas para que no se atreviese á contradecirle, porque á veces los hombres gigantes son más débiles que las mujeres pequeñas.

—¿Por qué no podéis?—exclamó Luciano.—¿Teméis perder esa suma?

—No quiero deciros eso.

—¿Para qué os sirve ahí encerrada? ¿Teméis perderla?

—¡Qué perdemos!...—exclamó Cesarina con vehemencia;—perdemos no tenerla ahí encerrada, no verla, no palparla, no sentirla á nuestro lado.

Ya una vez lanzada, Cesarina no podía detenerse y exclamó:

—Mirad, señor Lecomte, prefiero deciros toda la verdad. Habéis intentado una cosa imposible; con cualquiera otra hubierais logrado lo que con nosotros no habéis de conseguir. Hemos llegado á ser ricos demasiado tarde, y después de haber pasado por todas las angustias de la pobreza, hemos caído sobre esta fortuna como lobos hambrientos sobre su presa. Somos como esos padres, que después de desear muchos años un hijo, le obtienen cuando son viejos y le aman por todos los años que han pasado sin él; le aman con frenesí. ¡Ah! si hubierais adivinado esto, si nos hubierais conocido mejor, no hubierais hablado inútilmente.

—¿Creía que tenías corazón!—dijo tristemente Luciano.

—Sin duda que le tenemos. Si se trata de consagrar nuestro tiempo, de pasar noches en vela, de exponer nuestra salud, nuestra vida, nos encontrareis dispuestos... ¡pero nuestro dinero, nuestros valores. ¡Oh! ¡á eso es imposible tocar!



¡no esperéis arrebatárnoslos! ¡antes la muerte!

Y se paseaba con agitación, mientras Luciano contemplaba atónito á aquella mujer extraña, la cual deteniéndose delante de Luciano exclamó:

—Vos ño sabéis cómo vivimos, privándonos de todo, hasta de comer, para aumentar nuestro tesoro. Vos decís que contiene trescientos mil francos esa caja... Pues preguntad á mi marido lo que ha almorzado hoy al lado de esos trescientos cincuenta mil francos, lo que almuerza todos los días; mirad mi vestido lleno de piezas, raído por el tiempo... tengo frío dentro de él, y sin embargo, soy dichosa, ¡mi dinero está intacto!

—¿Qué goces os proporciona entonces?

—¡Qué goces! Os lo diré: por la noche, cuando nadie puede llamar á la puerta, nos encerramos aquí, abro esa caja, todos los títulos, las obligaciones, los valores, los extiendo todos sobre esta mesa que se cubre enteramente, y entonces, á la luz de una bujía, con anteojos, para ver mejor, leemos y repasamos todo lo que está escrito en esos papeles, contamos los talones cuando hay dividendos que tomar, inscribimos los números, hacemos cálculos, y una parte de la noche se pasa así, y este goce es de todos los días, de todas las horas, mientras que los vuestros sólo duran un instante.

## XI

Antes de dirigirse á los Petithomme, Luciano Lecomte se había preguntado quién podría prestarle aquel dinero, y después de un profundo exa-

men, tuvo que reconocer que todo intento cerca de sus amigos sería inútil. Aun teniendo muy buenas relaciones, inspirando mucha simpatía á los amigos, no se encuentra fácilmente una suma de cien mil francos; los unos no la dan sino sobre garantía segura, los otros no sabrían guardar un día el dinero en una época en que los capitales circulan sin cesar, no quedando parados en cartera; por lo que aquel matrimonio, que tenía sus valores encerrados en su caja y le conocían de toda la vida, podían sacarle de aquel apuro; pero Luciano había tropezado contra una pasión terrible, la avaricia. Acababa de surgir á sus ojos, bajo el traje parisien, el judío de la Edad Media, cuya especie se cree que ha desaparecido. Como en aquellos tiempos remotos, se encontraba en nuestros días en el centro de Paris, y como sus antecesores, buscaba el goce de enterrar sus manos en oro, que el gusto del día ha cambiado en valores de distintas especies y colores. Hasta la avaricia se ha revestido de otra forma más en armonía con la civilización.

Al salir de la casa de los Petithomme, Luciano, en vez de detenerse en casa de su hermano, bajó directamente á la calle y se dirigió á su morada. Quería en completa soledad apreciar la situación y tomar su partido.

Solo, á las nueve de la noche, y después de largas reflexiones, se fijó en un plan de conducta del que ya no debía apartarse. Tranquilo en apariencia, enteramente resuelto, dió algunas órdenes á su criado, le hizo recomendaciones importantes, y se dirigió á casa de su hermano á la calle de Caumartin.

Esta vez encontró á Jorge en la estancia mortuoria sentado en un sillón, estrechando á Susana entre los brazos y confundiendo sus lágrimas con las de la niña.



Luciano le contempló en silencio, sintió que renacían todas sus ternuras de otro tiempo, y se sintió dispuesto á sacrificarse de nuevo por aquel hermano querido.

Después Luciano volvió sus ojos hacia Susana, tan encantadora con su vestido de luto, los ojos anegados en llanto y clavados en su madre... ¡Pobre niña! ¡Qué entrada tan triste en la vida! ¡Acababa de perder á su mejor amiga, la inteligente directora de su corazón, en el instante que más necesitaba apoyo y consejo!

Por fin contempló al cadáver de Enriqueta, á la que había querido y respetado como á una santa.

Acordóse de sus últimas palabras, y parecía que todavía muerta le miraba para recordárselas.

Arrancóse á estas mudas contemplaciones, su tiempo estaba limitado, sus acciones reglamentadas. Acercóse lentamente hacia su hermano, y le dijo:

—Levántate.

Jorge obedeció, y como Susana, á quien su padre no sujetaba, quisiera retirarse, su tío le dijo:

—No; quédate, debes ser testigo de nuestra conversación, debes oír las palabras de tu padre, para que si algún día las olvida, tú se las puedas recordar.

Volvióse de nuevo á Jorge, y repuso:

—Acércate á ese lecho y dobla una rodilla en tierra, extiende la mano sobre ese cuerpo muerto, y hazle juramento solemne de no volver á tocar una carta en tu vida.

Jorge hizo punto por punto todo lo que le pedía su hermano.

—¿Le has oído, hija mía,—dijo Luciano á Susana, que á pesar de sus pocos años parecía comprender la gravedad de la escena.

—Sí, lo he oído y no lo olvidaré.

—Bien; recuerda la recomendación de tu madre, cree siempre en mí, obedéceme en todo y considérame tu mejor amigo.

—Siempre me acordaré,—dijo la niña extendiendo su mano sobre el lecho, como si prestase también un juramento.

Aquella escena tenía cierta solemnidad; la estancia débilmente iluminada por dos cirios; el lecho fúnebre, sobre el cual reposaba el cadáver; dos hombres arrodillados junto á él, y una niña que empezaba con tal espectáculo la escuela de la vida.

Al eco de las voces y cambio de promesas sucedió un silencio sombrío, que fué interrumpido por Luciano en estos términos:

—Susana, ahora deseo que descanses algunas horas: mi hermano y yo nos quedamos junto á la muerta; dentro de algunas horas entraré á despertarte, y entonces vendrás á despedirte de la que fué tu madre y saldrás para siempre de esta casa.

—¿Cómo! ¿No iré á la Iglesia? ¿al cementerio?

—No, hija mía; eres demasiado joven para tales emociones.

Recordó que había prometido obedecer, y no replicó.

—Vas á dejar, hija mía, no sólo esta casa, sino Paris, la Francia acaso. Vas á viajar.

—¿Y quién cuidará la sepultura de mi madre?

—Yo.

—¿No nos acompañáis?

—Mis ocupaciones no me lo permiten: vas con tu padre... está resuelto.

Y con una mirada imponente silencio á Jorge.

Susana no se apercibió; con la cabeza baja perseguía una idea que se atrevió á manifestar, por fin, en estos términos:



—No dudo que tendréis cuidado de su sepultura; pero yo hubiera querido ir á rezar sobre ella todos los días. ¿Por qué me obligáis á semejante viaje?

—Es indispensable; el interés de tu padre, tu porvenir, lo exige. No insistás, te lo suplico.

—Nada más diré.

Y obedeciendo á su tío, se adelantó hacia el lecho, y dijo ¡adiós! á su madre, como siempre que de ella se separaba; sólo que aquel día no respondieron otros besos á los suyos.

Atravesó el salón, entró en su cuarto, y paseó la vista en torno suyo. Tenía que abandonar aquella estancia que su madre había querido embellecer día tras día, separarse de sus queridos muebles, de las mil chucherías que representaban á sus ojos un deseo satisfecho, un recuerdo querido...

El lecho, con sus blancas colgaduras, había sido un presente materno del pasado invierno; había dormido hasta entonces en cama pequeña, y tuvo verdadero regocijo al ver que se la trataba como á una joven... ¡Qué dichosa era todas las mañanas cuando abandonaba aquel lecho para ir á abrazar á la que llamaba con cariño su hermana mayor!

Y nada ya: ni aquel lecho ni aquellas caricias.

Cerca del lecho, una silla bordada por ella y para ella. Sobre la chimenea el reloj que le había sido regalado un día de su santo, los jarrones que guardaban los ramilletes del día de su primera comunión, todo procedía de ella, de aquella madre adorada. ¡Ah! ¡prescindir de todos aquellos muebles! ¡No poder llevarse ninguno de aquellos objetos!

Entonces, en lugar de dormir, como su tío le había aconsejado, abrió su armario, tomó una caja donde guardaba sus últimas muñecas, y en

lugar de ellas puso los objetos que pudo contener, murmurando entre lágrimas:

—¡Madre, madre querida! ¿No es verdad que no has muerto? ¿que no me has abandonado?

## XII

Después de la salida de Susana, Jorge y Luciano se encaminaron al salón dejando entreabierta la puerta de la estancia mortuoria para seguir custodiando el cadáver.

—Como habrás comprendido, —dijo Luciano con voz firme, —deseo, te mando si es preciso, que te dispongas á partir mañana por la mañana con tu hija. Muchas razones me han hecho determinar este viaje, y sobre todo, que quiero sacarte del centro en que te agitas, que rompas con tus actuales relaciones, y puedas crearte una nueva existencia consagrada al estudio y al trabajo. En otro tiempo tenías aficiones artísticas, expusiste cuadros que merecieron elogios del público y de la prensa... Vuelve á tomar tus pinceles, y procura reunir dote á tu hija, muy pobre hoy.

Tomóse un instante de descanso, y dijo:

—Buscando el país que pudiera convertirme más, he recordado que un día, ante un lienzo de Fromentin, dijiste:— ¡Ah! si tuviera la dicha de visitar el Oriente, creo que llegaría á ser á un gran artista. Dirígete, pues, á la Argelia, á Túnez, al Egipto. Allí encontrarás magníficos países que copiar, y Susana hallará distracción á su dolor con los nuevos trajes y costumbres... Visita las ciudades, y sobre todo, no dejes llegar á manos de tu hija periódicos de Francia.



Jorge no comprendía. ¿Qué significaba aquel viaje?

—Vivirás, y no necesito recomendártelo, lo más económicamente posible; yo te entregaré algunos miles de francos, fruto de mis economías, y de lo que he podido procurarme hoy, y te bastarán para el viaje y la instalación en un país donde la vida material cuesta muy poco. Susana me escribirá de vez en cuando; pero sus cartas serán dirigidas al señor Petithomme, que las hará llegar á mí. No sé lo que puede ocurrir y debo preverlo todo.

Jorge esta vez le interrumpió.

—¿Qué piensas hacer? ¿Por qué estas preveniciones? ¿Piensas alejarte también de París?

—No, me quedo en él.

—Entonces me quedo yo también..

—¿Por qué?

—La caja...—murmuró Jorge con acento trémulo;— cuando la sustracción se conozca...

—Eso es cuenta mía.

—¡Oh! ¡me importa más que á ti! Si te acusaran...

—Sostendré que soy inocente, y me creerán. El señor Robins, Jefe de la casa, llegará mañana á París, le hablaré en cuanto llegue, no dudará de mí, y de acuerdo tomaremos medidas para evitar el escándalo y reintegrar poco á poco á la caja.

—¿Y si sospecha de tí? Yo necesito estar presente para declarar que soy el único culpable.

Luciano se levantó, y apoyando su mano en el hombro de su hermano, dijo:

—Eso es precisamente lo que quiero evitar. Por eso te envío lejos de aquí.

—¿Y te dejarás condenar en mi lugar?

—Espero no llegar á ese extremo. Soy inocente: los antecedentes míos hablan en mi favor,

mientras si recaen las sospechas en tí tu existencia te condena, y la condena sería inevitable.

—La he merecido; me someteré.

—Yo no lo consiento, y te prohibo manifestar tu opinión. Lo menos que ya puedes hacer es obedecerme. He jurado á nuestra madre moribunda velar por tí; he velado mal, y debo sufrir las consecuencias; juré sacrificarme por tí, y debo cumplirlo. Por último, esta noche pasada tu mujer me suplicó que no abandonase á Susana, que la hiciese feliz; y si te hiciera confesar tu falta, la dicha, el buen nombre de tu hija, sucumbirían para siempre. Por el contrario, si me condenan á mí, el oprobio no la alcanza; Lecomte no tiene nada de común con el Conde de Bus-sine.

Guardaron silencio unos instantes y Lecomte prosiguió:

—No he aceptado este plan sin un maduro examen. Tu corazón es bueno, tu cabeza solamente es débil, y por lo mismo la prisión te perdería. Al salvarte, te señalo una nueva senda en que puedes conseguir un porvenir dichoso y honrado... es el único medio de borrar tu falta y obtener mi perdón... y el suyo,—añadió extendiendo el brazo hacia el lecho mortuario.

—¡Ah! ya los merecía,—repuso Jorge con vehemencia;—pero, por piedad, no me envíes tan lejos, no me dejes en la incertidumbre de saber lo que será de tí. Prométeme que si tu libertad peligrase...

—¿Otra vez? Te repito que no entra en mis planes que la autoridad se fije en tí, y si me desobedecieras, no lo olvides, ¡no te perdonaría jamás!

Y paseando por la sala, decía:

—No tienes tiempo que perder, tomarás mañana el expreso de Marsella, y te embarcarás en el



primer vapor que salga del puerto. Dispón tu equipaje, déjame un poder en blanco para que puedan ser vendidos los muebles de la casa... El entierro será á las diez... No he convidado más que á los amigos íntimos, explicaremos tu ausencia y la de tu hija, por vuestro dolor... Yo hubiera preferido no presentarme tampoco en el entierro y hacer olvidar que somos hermanos; pero es preciso que uno de los dos acompañe el cadáver hasta su última morada. Cuando ella repose en paz, pensaré en mí, y sea lo que Dios quiera.

A las seis de la mañana Luciano se dirigió á la estancia de Susana; la pobre niña dormía vestida sobre su lecho. La despertó como había prometido, para que se despidiese del cadáver, y en breve los sepultureros llegaron á encargarse de la muerta.

Quisieron hacer salir á niña, pero ésta, corriendo hacia su tío, exclamó:

—Permitid que me quede; yo tendré valor, os lo juro.

—Quédate, pues, á mi lado.

Tomó á la niña por la mano, y los dos de pie en medio de la estancia, pálidos, silenciosos, con la mirada fija, sin lágrimas, presidieron los dolorosos detalles que preceden á la conducción de un cadáver.

Cuando los sepultureros iban á cerrar el ataúd, Susana los detuvo con un ademán, y arrodillándose junto á la caja colocó encima del corazón de su madre su retrato que la representaba niña.

—Tu me dejas, — exclamó, —pero yo no quiero dejarte. ¡ Conserva sobre tu corazón á la niña á quien tanto querías!

Sin que hubiera necesidad de alejarla, se levantó, fijó una última y dolorosa mirada en su querida madre y dejó cerrar el ataúd.

Cuando hubo desaparecido fué cuando su valor

la abandonó, y fué preciso trasportarla al carruaje que la esperaba en la puerta.

Luciano, desde la ventana, la siguió con la vista... Todos los que quedaban, los únicos seres que le ligaban á la vida, le abandonaban... ¡y en qué situación!

Todo pasó como había deseado; al entierro asistieron pocas personas, entre ellas estaban el señor y la señora Petithomme, que permanecían un tanto apartados dirigiendo miradas avergonzadas, confusas, á Luciano Lecomte.

Este acompañó al cortejo hasta el cementerio Montmartre, y cuando todo el mundo se alejó, cuando se vió sólo con los sepultureros, permaneció pensativo, con los ojos clavados en la sepultura de Enriqueta. Sería la una, cuando volvió al interior de Paris; por sus cálculos, el señor Robins, debía estar de vuelta; Luciano quería verle antes de que entrase en sus oficinas.

—¿Han venido á buscarme? preguntó al volver á su casa.

—Sí, señor, dos veces; y según me habíais mandado, he dicho que habíais salido temprano.

—Bien, deseo estar solo.

Empleó el tiempo que aún le quedaba hasta las tres para poner en orden sus papeles, quemar algunas cartas, y tomadas estas precauciones, por lo que pudiera ocurrir, consultó el reloj, y se dispuso á ir á esperar al señor Robins, cuando llamaron á la puerta de la habitación; pasaron algunos instantes, y el criado entró diciendo con acento conmovido:

—Me he visto obligado á recibir, señor; es el Comisario de Policía.

Y al mismo tiempo apareció en el umbral el Comisario, acompañado de dos Inspectores.



## XIII

Luciano Lecomte lo había previsto todo, todo menos lo que debía suceder. Habíase dicho: si me presento en la oficina á la hora de costumbre y se presentan á hacer efectiva la cantidad de ochenta mil francos, tendré que confesar que no los tengo. Esto dará lugar á cuentos y hablillas; y, por el contrario, si no parezco, sorprendidos de mi ausencia y atribuyéndola acaso á una indisposición, aguarden todo el día; el señor Robins llegará, le explicaré lo ocurrido, y consentirá en echar tierra á este asunto.

Pero ¡ay! al hacer estos cálculos no había contado con su enemigo el antiguo empleado Cabart.

A las nueve y media éste se asombraba de no ver á Luciano en su sitio.

—¡Calle!— murmuró reparando un periódico;— no se contenta con el asunto que ayer le ocupó; también se retarda hoy; esto es un abuso; ¡qué ejemplo para sus subordinados! ¡Ah! estos empleados jóvenes, ¡qué cabezas!

A las once se presentaron á cobrar los ochenta mil francos, y Cabart tuvo muy buen cuidado de decir á gritos que el Cajero no estaba, que tenían que volver.

Varios empleados que lo oyeron y que conocían la exactitud de Lecomte, dijeron:

—¡Qué raro faltar en un día de pago! ¿cómo no ha dejado al menos el dinero?

—Yo se lo propuse,— dijo Cabart,— pero el señor Cajero parece que desconfía de nosotros;

sin embargo, él no está en la casa sino desde hace dos años, y yo he envejecido en ella.

—¡Estará enfermo!— se atrevió á decir alguno.

Y acogiendo la observación, enviaron un portero á casa del señor Lecomte, volviendo éste después de un instante diciendo, que según declaración del portero, el señor Lecomte no había dormido en su casa la noche anterior, y según el criado, había salido muy temprano y no había vuelto.

Entonces empezaron en las oficinas los cuchicheos, las murmuraciones... Cabart iba de grupo en grupo deslizando una palabra, haciendo una observación malévola, atizando el fuego, y en breve toda la casa se alarmó; hablaron de fuga, de valores en caja, mientras Cabart, con voz insinuante, hacía observaciones por este estilo:

—¡No dormir en su casa! ¡Qué existencia para un hombre que tiene tanta responsabilidad! ¡Ah! no debían admitirse para Cajeros sino personas de edad madura, padres de familia, hombres intachables; y en lugar de éstos se escogen hombres jóvenes dominados por las pasiones, capaces de comprometer los valores que guardan.

Y como en este momento se abriera la puerta, y temiendo ver aparecer á su colega, añadió:

—No digo esto por el señor Lecomte, que es un hombre intachable; todo esto será simplemente un descuido.

Pero después, reconociendo al que llegaba, añadió:

—Todas las precauciones serían pocas en estos casos, y es urgente salvar la situación. Ayer se escapó un Agente de cambio á Bélgica; mañana se ve la causa del Cajero de la casa de Dangu y compañía, que ha dejado su caja limpia...

Entonces un empleado subalterno se aventuró



á decir si sería prudente dar aviso al Comisario de Policía.

—No nos precipitemos,—dijo Cabart;—un aviso de ese género es peligroso, y ya veis que no se trata más que de un retraso de algunas horas.

Y sin querer dejar extinguir el incendio, añadió:

—Pero ¡qué horas! más de las que hacen falta para llegar á la frontera; pero nada, joven, nada; vuestro celo por la casa, os lleva demasiado lejos; el señor Lecomte no merece esas sospechas injuriosas; yo bien sé que si ocurriera una desgracia, á mí sería á quién el señor Robins acusaría de morosidad, de negligencia; dirá que debía haber dado parte inmediatamente.

—No, no, esperemos, esperemos,—dijeron algunas voces.

—¡Bien! así me gusta,—exclamó Cabart,—como buenos empleados, defendéis á vuestro Jefe.

—No tiene necesidad de defensa,—dijo entonces un empleado;—le conozco desde hace tiempo y es un hombre honrado.

—Sin duda; yo mismo lo reconozco,—dijo Cabart;—precisamente yo soy de los que confían en él; podría enviarse un segundo recado á su casa. Puede haber vuelto enfermo, herido; ¡los accidentes en Paris son tan frecuentes!...

Entonces uno de los subalternos se ofreció á ir en persona. Cabart aceptó, y recomendó á todos sus empleados que volvieran á sus ocupaciones, murmurando al oído de uno ó dos empleados que eran hostiles á Luciano:

—A pesar de todo, abrigo temores que no puedo desechar.

—¡Qué temores!

—¡No sé si debo! ¡son quizá absurdos!

—Hablad, hablad.

—Pues bien hace dos días que su conducta es extraña; anteanoche, á las diez y media, al pa-

sar yo por delante de esta casa, vi á nuestro cajero que se deslizaba en ella furtivamente.

—¡Ah!

—Os asombra, ¿no es verdad? ¿qué podría venir á hacer á tales horas, no habiendo ningún trabajo urgente; á menos que viniera á contemplar la caja?

—¡Contemplantarla! ¿Sería lo que hubiera dentro?

—No sé, no sé, pero es extraño.

—¿Y estáis seguro de que era él?

—¿Cómo, si estoy seguro? mi mujer y mi hija le reconocieron como yo, y declararán en caso necesario.

—¿Y no habéis tenido la curiosidad de preguntarle al día siguiente que venía á hacer á la oficina á tales horas?

—Yo no podía permitirme hacerle tal pregunta; parecía desconfiar de él, pero le hice conocer que le había visto.

—¿Y qué dijo?

—Que me había engañado, que no era él: ¡como si yo no le conociera!

—Sino vino con malas intenciones, ¿por qué negar tal visita?

—Eso precisamente es lo que me inquieta.

—Eso es muy grave.

—Este diálogo fué interrumpido por la llegada del empleado que había ido á casa de Luciano, el cual dijo que el señor Lecomte no había parecido.

Entonces los parciales de Cabart se esparcieron por las oficinas diciendo, que era prudente dar aviso al Comisario de Policía, rogando á Cabart que se encargase de él; y este como á pesar suyo y obligado por sus compañeros, se dirigió á casa del Comisario.



## XIV

Antes de entrar en la sala donde estaba Luciano, el Comisario hizo una señal á uno de los inspectores que se quedó en la antesala.

Luciano, pálido, demudado, haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo, aguardó en pie al Comisario de Policía.

—Quiero creer que no hay error en mi visita, caballero,—dijo éste con gran atención.—¿Estoy en casa del señor Luciano Lecomte, cajero de la casa Robins y compañía?

—Sí, señor. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Vuestro criado ha debido deciroslo; soy el Comisario del distrito.

—Sentáos, caballero, y tened la bondad de decirme de qué se trata.

Indicó á su huésped un asiento, y sentóse.

—Yo os ruego caballero, que no interpretéis el sentido de mi visita; es una investigación amistosa, por interés vuestro y de la casa en que desempeñáis vuestros servicios.

—Os escucho, caballero.

—Uno de los empleados de la casa de Robins acaba de estar en mis despacho para decirme en su nombre y en el de sus compañeros, que desde esta mañana están haciendo comentarios por vuestra ausencia, tanto más extraña, cuanto que se han presentado á hacer efectiva una letra de la que dicen tenéis conocimiento. Vuestra ausencia, pues, necesita explicaciones. ¿Queréis dármelas?

—Preferiría dársela al señor Robins, que debe llegar en estos momentos de Inglaterra; me disponía á ir á verle cuando habéis entrado.

—El señor Robins no llega hoy, como creéis: en las oficinas se han recibido este importante telegrama:

Y presentó al Cajero un despacho, concebido en estos términos:

*Negocios importantes me detienen, retardo viaje veinticuatro ó cuarenta y ocho horas.—Firmado, ROBINS.*

—Ya comprenderéis, caballero,—repuso el Comisario,—que no podéis aguardar al señor Robins para vuestras explicaciones; se le ha telegrafado para que venga inmediatamente, pero ¿quién sabe si este despacho le encontrará en Londres ó habrá tenido que dirigirse por sus negocios á alguna otra capital? De todos modos, si no llega á París hasta dentro de dos días, es imposible aguardar hasta entonces: permitidme, pues, que reemplacé á vuestro Jefe y os pregunte por qué en día de pago no habéis ido á la oficina.

Luciano había tenido tiempo de preparar su respuesta, y contestó:

Porque no podía realizar ese pago, y me pareció poco decoroso para la casa tenerlo que confesar, prefiriendo ser acusado de descuido ó negligencia.

—¿Es decir que la caja no tiene la suma necesaria para el pago?

—No, señor.

—¿Acaso el señor Robins, antes de partir no os ha dejado fondos con que atender á las necesidades de la casa?

Esta pregunta turbó á Luciano.

—Repito, caballero, que es con el señor Robins con quien deseo entenderme.

—Y yo os repito que tenéis que explicaros en



este instante, —dijo el Comisario adoptando un tono de autoridad, — vuestras contestaciones son injuriosas para vuestro Jefe.

—¿Cómo?

—Parecía dar á entender que no teníais fondos, ¿no os los proporcionan?

—No digo eso.

—Sería inútil que lo dijerais; aquí me han mostrado una carta llegada hoy en que el señor Robins establece todas sus cuentas en vista del pago que hay que hacer, y debéis tener cien mil francos en caja: ¿dónde está esa suma?

—No la tengo, —dijo Luciano bajando la cabeza.

Un criminal se hubiera defendido mejor; pero aquel hombre que por primera vez en su vida se hallaba en una situación falsa, se turbó hallándose sin fuerza para luchar con la Justicia. Tenía preparadas sus explicaciones para el señor Robins; sabía que lograría interesarle, conmoverle; pero no aguardaba aquella visita intempestiva del Comisario, y su confusión le vendía.

El Comisario habíase levantado y hablaba con acento severo; no era el amigo, era el representante de la ley en el ejercicio de sus funciones.

—Vos confesáis tener esa suma. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Os la han robado? ¿Sospecháis en alguien?

—No, señor, de nadie; —murmuró vivamente Luciano.

—Entonces, ¿la habéis tomado vos?

El desgraciado hizo un último esfuerzo de energía para exclamar:

—No, señor; no la he tomado.

El Comisario le miró asombrado.

—Pues bien, —dijo con acento persuasivo, — como no puede haber desaparecido por sí, busquemos juntos lo que ha podido ser de ella.

—Como queráis, —dijo Luciano temblando á la idea de que en aquel interrogatorio amistoso una frase torpe pudiese enviar las sospechas hacia su hermano.

## XV

Ciertos crímenes, como varias enfermedades, en lugar de presentarse en casos aislados, parecen caer sobre una sociedad ó una población.

Años ha que la estrangulación está en moda... Hay otros períodos en que los asesinos cortan en pedazos á sus víctimas; casos en que se adopta el arsénico, los fósforos, y hay época en que se pone de moda que los Cajeros desbalijen sus cajas, siendo tan fuerte el contagio, que algún Jefe de casa muy importante se ha robado á sí mismo. En Bélgica, á donde toda esta gente se refugia de ordinario, hay épocas en que deben subir los alquileres ó escasear los consumos.

La Justicia suele ser á veces indulgente con el primer crimen cometido de cualquiera especie; en la segunda ya no admite causas atenuantes, y en la tercera aplica el máximo de la pena, para detener el contagio.

Desgraciadamente para Luciano, en aquellos días el viento soplabá contra los Cajeros defraudadores. Muchos se habían fugado, otros habían sido condenados á diversas penas, y en los periódicos se lamentaba la incuria de los Tribunales y de la Policía.

Cuando se habló del nuevo desfalco ocurrido en casa del señor Robins, se levantó un clamor



general y dijeron por todas partes: es preciso acabar, destruir la especie, combatir la epidemia... No era ya una sola voz, era un clamoreo general que empeoraba la causa del pobre Luciano Lecomte.

Una de las acusaciones más graves que contra él se lanzaron, fué la visita que se le probó había hecho de noche al escritorio, y su insistencia en negar aquella visita le condenaba; hubiera sido más hábil reconocer que había ido á la oficina á comprobar unos guarismos, á escribir una carta; porque además de la declaración de toda la familia Cabart, el portero de la casa sostuvo que le había visto subir y bajar pocos minutos después, pasando rápidamente por delante de la portería. Estas declaraciones estaban hechas con muy buena fé; sólo que uno á la luz dudosa del gas, el otro desde el fondo de su portería, habían tomado á Jorge por Luciano.

Tratando de averiguar dónde había podido ir la suma robada, la justicia interrogó la vida del acusado, y no encontró en ella la menor cosa en que fijarse. No tenía amadas, y las casas de juego, gracias al amor propio de Jorge, no conocían el apellido de Lecomte.

El Juez de la causa, desesperado de no encontrar el móvil del crimen, mandó hacer averiguaciones en la Bolsa, y allí se dijo que el apellido de Lecomte estaba inscripto en la cartera de varios agentes; y era, que Jorge jugando y perdiendo, había tratado de reponer sus pérdidas con algunas jugadas de Bolsa, dando en este caso su verdadero nombre.

Se halló alguna vez el nombre del señor Lecomte unido al del señor Petithomme en algunos buenos negocios, y esta vez era, en efecto, de quien se trataba, porque llamados á declarar Cornelio y Cesarina, tuvieron que confesar que Lu-

ciano les había ayudado alguna vez en sus operaciones de Bolsa. Apurados por el Juez, llegaron á decir que la vispera les había pedido una suma de cien mil francos. Esto acabó de condenarle. La fecha en que lo había pedido, la cifra en cuestión, todo convenía con la sustracción hecha á la caja; y si Lecomte quería reponer aquel dinero, era evidente que él le había aprovechado. . . . .

Tres meses después, á fin de Febrero de 187... Luciano Lecomte se presentaba ante el Jurado. Estuvo ante el Tribunal y el público, como había estado delante del Comisario, tranquilo, digno, pero circunspecto; no se animaba sino para protestar de su inocencia, pero no alegaba la menor prueba en su favor, y si la energía de su actitud impresionaba al Jurado, las pruebas que alegaba en contra desvanecían aquella buena impresión.

Verdad es que contaban también declaraciones favorables y entre ellas la del señor Robins, que fué un verdadero testigo en pro del reo, diciendo que él no pedía nada por su parte; que se siguiera la causa de oficio; deploró la precipitación de sus empleados, y concluyó diciendo:

—No creeré jamás que Luciano Lecomte haya sido criminal; aquí hay un misterio, que más pronto ó más tarde se aclarará.

Esta declaración no produjo el efecto que los Jueces esperaban; se atribuyó á un sentimiento de generosidad, y después de examinar el negocio en sus mejores detalles, el Fiscal, con gran habilidad, dió proporciones al suceso, haciendo en lugar de una causa individual, una causa de interés social.

En cambio, el Abogado no estuvo á la altura de su misión; comprendió que la causa estaba



perdida, y en lugar de imitar á los grandes artistas que, en presencia del público se crecen, perdió sus fuerzas, hizo una defensa pobre y sin interés; y los Jurados, después de una corta deliberación, dieron un veredicto afirmativo á todas las cuestiones, sin admitir ninguna de las atenuantes.

El Tribunal, pues, condenó á Luciano Lecomte á seis años de reclusión; y el desgraciado, que hasta última hora se había hecho la ilusión de que sería reconocida su inocencia, vaciló al oír leer el terrible fallo.

Y mientras se le arrastró fuera de la sala, iba repitiendo maquinalmente:

—¡Soy inocente! ¡soy inocente!

## XVI

Con la cabeza pesada, la mirada fija, la garganta seca, el cuerpo dolorido, Luciano Lecomte precedido de un guardia y seguido de otro, descendía lentamente los ochenta escalones de la estrecha escalera de granito que conduce desde las Salas del Tribunal al calabozo del Palacio de Justicia.

—¡Seis años de reclusión!

Estas palabras retumbaban en su cabeza.

¿Véis á ese hombre que hace algunas semanas gozaba del sol, se paseaba en toda la posesión y fuerzas de sus derechos? Pues estará seis años entre muros y barras de hierro, sin aire, sin horizonte, sin cielo encima de su cabeza.

Si quiere andar, una mano se posará sobre su

hombro para detenerle, diciéndole que no es la hora de pasear; si quiere sentarse, una voz impetuosa le intimará que es la hora de pasear, conduciéndole al pequeño patio, donde podrá andar de un lado á otro, como una fiera en su jaula; si quiere hablar, le mandarán que calle, porque en las casas de reclusión debe reinar orden y silencio.... ¡Y si estos castigos cayesen sobre un criminal!... ¡Pero cuando hieren á un inocente!...

¿Pero por qué se dejó condenar? ¿Por qué no dijo toda la verdad!

Porque hubiera entregado á su hermano, aunque la mayoría de la gente gritara: — ¡Esa abnegación es ridícula! ¡no hay hermano como ese!

Pues bien, no; actos de este género son raros en nuestra época, indiferente, egoísta; pero surgen á veces una protesta, como una excepción, y en lugar de criticarlos, deben admirarse su grandeza de alma, su santa abnegación.

Y después, sin querer disminuir los méritos de Luciano Lecomte, sabía él á dónde llegaría su sacrificio, pues esperaba convencer al señor Robins, y las declaraciones de este testigo probaron que no confiaba en balde. Nunca pensó, de seguro, confesarse culpable; su intención era sostener su inocencia, y cuando le preguntaran quién era el culpable, contestar:

—Buscadle vos; yo no soy delator. Entregárosle no es asunto mío, es vuestro.

Buscaron en efecto al criminal, y al no encontrarle, una voz general se levantó para exclamar:

—¡Es él! ¡es Luciano Lecomte!

Tuvo, pues, que aceptar la acusación general, ó acusar á su hermano; quizás lo hubiera hecho sin los recuerdos de su madre y de su hermano.

Con el pensamiento vacilante, como si saliese de una enfermedad, descendió la escalera y atravesó una larga bóveda.



La puerta de su prisión se abre... Sobre una tabla que sirve de mesa se ven diferentes notas reunidas para su defensa... ¡notas inútiles!

Estaba turbado al verse ante el Tribunal, sentado en el banquillo de los acusados. Aquellos testigos reunidos en contra suya, aquel público que clavaba los ojos en él, empinándose los unos tras de los otros para ver mejor, son capaces de quitar á cualquiera la serenidad.

A los pocos instantes van á buscar á Luciano para llevarle á otro calabozo, ocupado ya por un preso, porque los calaboceros desconfían de que aquel preso sombrío y meditabundo, al verse solo, quiera acabar con su vida.

Su compañero de prisión, condenado á trabajos forzados, por robo á mano armada, quiere ligar con el conversación, y le dice:

— ¡No has tenido suerte! Parece que te han condenado á seis años de reclusión y vas á la Central. ¡Es muy dura la Central! Yo sé algo, porque he vivido en Melun... Por eso esta vez me he arreglado de nuevo el modo de viajar por cuenta del Estado. Veré otras tierras; esto distrae, y además, instruye.

— Dejadme, ¡dejadme por favor! — murmuró Luciano.

— ¿Preferes meditar? Como quieras; pero mira, haces mal de no hablar, porque en la Central no te dejarán mover la *muy*.

Sentado en un rincón, con la cabeza caída sobre el pecho, Luciano guardaba un sombrío silencio.

— ¿Creéis quizá, — repuso su compañero, — que soy un *moscaradón* que me han puesto contigo para *largar* lo que pueda? No soy tonto, cuesta muy caro el oficio de *soplón*, y por algunas dulzuras que se alcanzan de la Administración, los camaradas nos dan vida de perro, cuando no nos aprietan la nuez á la primera ocasión.

Luciano Lecomte no durmió aquella noche, y en breve le trasladaron á la *Grande-Roquette*.

## XVII

Todos los forasteros que van á París y visitan el célebre cementerio del *Pere-Lachaise*, contemplan con curiosidad el siniestro edificio situado en las cercanías de dicho cementerio.

Nada más triste que el camino que recorría el coche que llevaba á Luciano. Pero el desgraciado joven, ensimismado en su abatimiento, en nada reparó, y sólo volvió en sí cuando le mandaron bajarse del coche celular, y encaminarse á la escribanía para cumplimentar los requisitos de rúbrica.

Cuando concluyeron, un carcelero dijo á Luciano:

— Desnudaos.

El desdichado, no comprendió; ó quizás creyendo que ese mandato no le concernía, no se movió.

Entonces el carcelero, con movimiento brusco, tirando de una manga del gabán que el preso llevaba puesto, dijo:

— Es preciso que os desnudéis, para vestir el uniforme de la casa. No tengáis cuidado, se os devolverán estos guñapos cuando salgáis de ella.

Esto fué dicho con sarcástico tono, habitual sin duda en el vigilante.

Luciano se desnudó, y volvió á vestirse apresuradamente, pues además del frío que hacía, un rubor fácil de comprender, le impulsaba, creyendo escapar por ese medio y cuanto antes á las miradas de todos los que le rodeaban.